

Introducción

El misterio de la Navidad nos dice claramente que Dios quiere establecer una verdadera "Kiononia", comunión, comunidad con nosotros: Enmanuel, Dios con nosotros.

Dios quiere morar-vivir con nosotros; pues bien, por la vida religiosa, Dios nos invita a vivir juntos con El... No a ratitos, sino siempre... Un avance de lo que será la eternidad dichosa...

Ahora bien, estar juntos con él implica no solo una cierta proximidad física, sino sobre todo dos factores fundamentales: un proyecto común, y la dinámica de las relaciones interpersonales. Veámoslo:

Proyecto común: Como es obvio no basta vivir juntos como en un hotel; es precisa la convivencia. Pero lo que da sentido a la convivencia, le señala una meta, y crea unas expectativas comunes, es el proyecto con el que nos comprometemos, secundando la invitación de Dios, y que la Iglesia reconoce y aprueba.

Cuando los miembros de una comunidad vivencian que están juntos no sólo para alcanzar la santificación propia (o sea, la progresiva identificación con Jesucristo), sino también y muy especialmente para acoger el don de Dios que quiere que sean colaboradores suyos, que quiere por su medio apagar la sed de tanto sediento (proyecto), entonces tenemos la comunidad en marcha.

Dinámica de la comunicación interpersonal: Es el segundo elemento fundamental; estas personas que, siguiendo el llamado de Dios, viven "juntas", se comunican con Dios y se comunican entre sí, (relación interpersonal). Mediante esta comunicación se experimenta que todos y cada uno están abiertos a las mismas expectativas (proyecto), tienden a la misma meta, la santificación propia y la de los demás. Es precisamente este mutuo afán lo que, por un lado, dinamizará el proyecto, y por otro, fecundará, hará rica la comunicación interpersonal...

Este mutuo afán ha de estar regido por el "amor"; un amor que no avasalla (I Cor, 13,1...), y por lo tanto no pretende configurar sin más a todos según mis propios criterios, sino que respeta la acción del Espíritu que secunda el carisma del proyecto (que él inspiró!).

Como es obvio esto implica una superación progresiva del egoísmo; egoísmo que siempre cierra y no deja actuar a Dios. Evidentemente, esta es una tarea que dura toda la vida, y hay que pasar por una serie de purificaciones, renunciaciones..., como la vida de los santos, de los fundadores, nos muestran siempre.

Primera Parte

De la compleja problemática de la vida de comunidad, sólo podemos ahora tocar algunos aspectos y brevemente. Y en primer lugar indicar cómo se puede fundamentar la dinámica de las relaciones interpersonales.

¿Cómo se fundamentan?: S. Pablo, Rom. 15,7, nos dice: "acójense mutuamente como Cristo les acogió para honra de Dios". Ahora bien, para acoger a otro es preciso primero acogerse a uno mismo, es decir, aceptarse a sí mismo, sólo después será posible aceptar a los demás.

Primero, pues, acogerme, aceptarme a mí mismo tal como soy...; por supuesto, sólo como punto de partida, no de llegada. Hay que partir de la realidad y la realidad es que soy "así", con mis defectos, limitaciones; y también claro está, con mis posibilidades, capacidades que Dios me ha dado. Ignorar esto, sería movernos en el terreno de lo irreal, de lo falso. Mal terreno. Pero, como hemos dicho, esto es sólo el punto de partida y desde él, con la ayuda de Dios y de los hermanos, caminar hacia adelante.

Lo que acabamos de decir, actualmente se formula diciendo que para avanzar en la vida (espiritual y humana) es preciso una correcta autovaloración, y autoestima que se basan en el reconocimiento de la realidad. Por supuesto, esto no tiene nada que ver con el orgullo; al contrario, es la auténtica verdad; y como decía Sta. Teresa, la verdad es la humildad. Por lo demás, ¿podría ser virtud negar los dones recibidos?. Ciertamente no; pero sería falso y necio atribuírmelo todo a mi: "¿qué tienes que no hayas recibido?. Y si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado"? (I Cor 4,7).

Esta aceptación de sí mismo, (como punto de partida), implica también que hay que revestirse de paciencia como uno mismo, con mis miedos, mis hipersensibilidades... He de tener también "misericordia" conmigo mismo. Reconocer lo limitado y defectuoso, es ocasión para pedir a Dios que me ayude, para no tenerme en más de lo que soy. Esto mismo dijo el Señor a Pablo: "Bástate mi gracia..."

Enojarnos contra nosotros mismos, sería orgullo; vernos como somos, es realismo, humildad; y puesta la confianza en Dios, es un estímulo para ir adelante. Es lo que engendra oración confiada...

En segundo lugar hay que aceptar a los demás, también como son, y también como punto de partida. También ellos, con la ayuda de Dios y nuestra, podrán mejorar.

No podemos extendernos, pero hay que saber que las buenas expectativas que yo tengo de los demás, les dan alas..., y lo contrario (efecto Pigmalión o Rosenthal...).

Este "efecto Pigmalión" que los hombres han descubierto..., desde siempre lo conoce... y practica Dios! Dios nos acepta a todos nosotros; conoce mejor que nosotros nuestras debilidades y aún maldades, pero a pesar de esto, nos ama: "siendo nosotros pecadores, Dios nos amó", "Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores" (Rom 5,8); o como dice S. Juan"... El amor existe por esto: no porque nosotros amáramos a Dios, sino porque El nos amó a nosotros y envió a su hijo para que expiase nuestros pecados"... "Nosotros podemos amar, porque él nos amó primero" (1a. Juan, 4,9-10,19).

Alguien puso en boca de Jesús esta expresión: "dáme tu corazón y yo te daré mis ojos", o sea, si realmente amamos a Dios, le damos nuestro corazón, El nos dará sus ojos, nos ayudará para que veamos a los demás como El los ve; con benevolencia, comprensión, respeto... Algo así sucede con las madres: como aman a sus hijos, ven lo bueno de ellos cuando, tal vez, nadie lo ve... Ven también sus defectos, pero de otra manera (sorber la sopa...).

Esto supuesto viene un segundo paso, esperar en que los demás y también yo, mejoraremos. ¿Absurdo?. No lo creo, ya que Dios así lo espera! Si Dios nos ama, si espera de nosotros mucho y por esto nos ha llamado para que colaboremos, ¿por qué yo no he de esperar lo mismo de mis hermanos, de mí mismo?.

Como vemos, todo esto puede crear un clima de confianza, de respeto que permita fomentar las correctas expectativas, al modo de Dios, de los Santos... Claro que el avance no se consigue de repente; y hay que ejercitar la paciencia; claro que habrá situaciones negativas, y hay que perdonar, tal como Dios hace con nosotros y S. Pablo nos lo recuerda claramente (Col 3,12-15): vístanse de ternura entrañable, sencillez..., tolerancia; conllévense mutuamente y perdónense cuando uno tenga queja contra otro; el Señor les ha perdonado, hagan ustedes lo mismo". Por esto se ha dicho con acierto que "la comunidad es el lugar del acogimiento y del perdón".

Segunda Parte

Ahora bien, pueden darse situaciones, más o menos esporádicas, en las que esta convivencia, esta relación interpersonal se haga muy difícil, tanto que lleguen a oscurecer el proyecto. Interfieren de tal manera que el pesimismo nos invade; yo lo paso mal, los otros también... Se vive amargado... ¿Qué hacer?. Lo primero que hay que intentar hacer es mirar si logro averiguar de dónde proviene esta mala situación que nos agobia a todos y, no pocas veces, sin que nadie se sienta culpable.

Describamos algunas raíces, para mirar de arrancarlas (teniendo presente que "renacen", y por esto es tarea continua); no asombrarse ni desanimarse, al contrario; si proviniesen de mala voluntad, sería, con la ayuda de Dios, relativamente fácil arrancarlas de cuajo; pero como provienen de nuestra debilidad..., se renuevan...i.

Los filtros: Si me pongo unas gafas coloradas, lo veo todo colorado, si azul, azul... Pues bien, no pocas veces, sin darnos cuenta, nos ponemos unas gafas, filtros, que distorsionan la realidad; a veces "seleccionan" lo que vemos, es decir, vemos p.e., sólo lo defectuoso del otro; otras veces "son gafas de aumento", lo veo todo doble o triple... La dificultad está en que hay muchas clases de "filtros" y muchas y variadas motivaciones para ponémoslos.

No me he portado bien con mis hermanos, estoy enfadado conmigo mismo..., y con este enfado veo las cosas de color negro..., sólo veo lo negro de los demás..., fácilmente me enfado...

Algo me salió mal, me negaron una petición,...; estoy contrariado, enojado, y por cualquier descuido de los otros, salto, respondo mal, provoco con mis palabras mordaces...

Estoy muy contento, las cosas me han ido bien, lo veo todo de color de rosa; a veces los demás, que no están tan contentos, encuentran "chocante" mi actitud espontánea, y me zahieren... Si "contesto" en el mismo tono, ya la tenemos armada...

La vida "moderna" con sus muchas demandas, sus tensiones, me deja "estresado" y me quedo como descentrado; como a otros les pasa lo mismo, con facilidad nos desestabilizamos, nos enojamos por nimiedades...

Podríamos enumerar otros "filtros", pero ya basta; lo importante es que nos demos cuenta que no pocas dificultades provienen de estas situaciones que nos pasan inadvertidas y dan lugar a una visión parcial, unilateral..., deformada de la realidad. Conviene no caer en la trampa y achacarlo todo a mala voluntad, mía o de los demás. No hay tal, solo "filtros" o equivalentes... Conviene tenerlo en cuenta.

Otro hecho que perturba muy negativamente la vida de comunidad es la crítica. Hay una crítica jocosa, bromista, que no suele perturbar, bien que hay que tener cuidado con el estado de ánimo de los demás.

Hay otra crítica que es como una crónica de lo negativo mezclada con exageraciones que divierte. Tampoco suele ser mala, pero no se puede prodigar.

Hay una crítica constructiva, que se hace en un diálogo amistoso; con respeto y aceptación; no en público, a no ser en "sesiones" espirituales dedicadas un poco a esto. Puede ser muy positiva.

Hay, claro, la crítica que hiere, que lleva veneno; generalmente animada por un resentimiento, envidia. Es muy mala, no mejora nada, crea un mal clima, mina la convivencia. S. Ignacio decía que era la peste de la vida común. Hay que evitarla del todo.

A veces ocurre que el que critica de ese modo avieso, lleva razón; pero no basta tener razón; si queremos edificar y no destruir hay que decir las cosas a quien puede arreglarlas, en el momento oportuno y con buenos modos... Y después de pensárselo dos veces. Nótese que muchas veces el "interesado" (superior o súbdito), es el último en enterarse; esto es muy malo. Por lo demás, conviene tener bien presente que es normal que haya cosas y situaciones incorrectas. Una de las tareas de una buena comunidad, fraternidad, es ayudar a mejorar las situaciones; esto, muchas veces (no siempre!) se puede lograr, pero no por el camino de la crítica...

Algunas cautelas o medios para mejorar la convivencia:

Conviene tener presente que el que causa problemas, suele tener problemas; y una persona con problemas merece nuestro respeto, consideración y ayuda, no la crítica amarga.

Puede ser útil evitar el perfeccionismo: Si saco punta a un lápiz... sin parar, me quedaré sin punta y sin lápiz. Hay cosas que sólo con el tiempo y con esfuerzo se logran, nunca de repente como piensan muchos criticones. No es una invitación a la mediocridad, sino al realismo y a la prudencia.

Un aspecto especialmente fundamental es darse cuenta (y por supuesto, saber!), que las personas somos diferentes y a veces muy diferentes. No se trata de que sean características buenas o malas, no: sólo que son diferentes. Véamos algunos ejemplos.

Unos son cerrados - otros abiertos

Unos son sociables - otros retraídos, esquivos

Unos son meticulosos, puntuales - otros descuidados, llegan tarde... nos son muy activos - otros prefieren seguir...

Unos son optimistas - otros rematadamente pesimistas...

Unos son altos, gordos... - otros bajos, flacos...

Como es obvio, la enumeración de las diferencias podría alargarse...; sólo quiero detenerme un momento en una: Hay personas que tienen un carácter fuerte y como en la parábola del Padre que invita a sus dos hijos a trabajar (Mat. 21,29...), a la indicación de su Padre para que vaya a la viña, uno responde con un rápido y seco NO!, pero como tiene buen corazón, luego va..., mientras que el otro se contenta con buenas palabras... Que no nos asusten estas actitudes; si Dios se asustase... Pero no, Dios no se asusta, ama a los dos ya que su amor es universal, gratuito, incondicional..., si dependiese de nuestro "bien obrar", estaríamos apañados!

Esas situaciones se dan, no engañarse ni por la actitud de uno ni por la del otro; tampoco maravillarse. Ni los iracundos, ni los pazguatos son el ideal, pero hay que contar que a temperamentos distintos, se darán, no pocas veces, conductas encon-

tradas. Tengamos paciencia con nosotros mismos y con los demás, Dios la tiene y como es infinita, no se le acaba jamás.

Lo importante es caer en la cuenta de que muchas de estas diferencias son maneras de ser que no dependen, al menos en gran parte, de la buena o mala voluntad. No hay pues que achacarlas a ella.

Por lo demás, las diferencias pueden ser, y son muchas veces, enriquecedoras: Imagínese una comunidad todos activos, todos abiertos, todos sociables... Y la inversa... Un buen Superior sabrá sacar partidos de las diferencias... Jesús lo hizo con sus apóstoles...

Otro aspecto importante: Todos tenemos nuestras limitaciones y aún defectos (más o menos visibles). Ante este hecho caben varias posturas negativas:

Reduccionismo: Veo el defecto y sólo el defecto. No veo la persona que tiene un defecto... Fatal... Cuando amos a una persona, sucede casi lo contrario.

Interpretacionismo: El hecho, el defecto, puede ser patente, pero la intención no la puedo saber; atribuirlo todo a mala voluntad, es pésimo. Jesús nos dice, "no juzguen y no les juzgarán..." (Mt 7,1). Los hechos los podemos enjuiciar; las intenciones, nunca! Y es esto precisamente lo que hacemos y lo que daña a la comunidad... Aquello de "piensa mal y no errarás", además de falso, es claramente antievangélico.

No idolizar: Jesús le dice al joven rico: "Nadie es bueno, más que uno, Dios" (Mc 10,18). Nosotros idolizamos, nos entusiasmos exageradamente con un amigo, un personaje, un Superior... Como no es Dios, un día descubro sus limitaciones y el mundo se me viene abajo... A veces paso "a lo contrario"... En cambio, el que de veras ama, ve lo bueno, pero no lo exagera, no idoliza; no escandaliza de las limitaciones, etc. Así Jesús, los santos... Absoluto, sólo hay Dios; no nos hemos de hundir por todo lo otro...

Conviene saber que no pocas veces se dan que molestan a casi todos, mientras que el sujeto causante parece no enterarse; todo intento de "indicárselo" resulta inútil. El Kempis en esos casos nos dice que sólo nos queda el recurso de encomendarlo a Dios... Y es verdad. Con todo, puede ayudar tener presente que no pocas de estas conductas "raras" tienen una (timidez, complejos...); no es tan raro. De ordinario no quedará otro recurso que el indicado, encomendarlo a Dios, y por nuestra parte, con

su ayuda, "aguantar"; como aguantan las madres las impertinencias de sus hijos pequeños, enfermos..., o los de los abuelos que chochean...; la Iglesia nos lo recuerda el día de la Sda. Familia: "Hijo, cuida a tu padre en su vejez... aunque haya perdido la cabeza, sé indulgente.." (Eclesiástico, 3, 12-13).

Con todo, los que tienen a su cuidado los demás de la Comunidad, podrán algunas veces consultar si algún remedio medicamentoso puede aliviar un tanto. Hoy tenemos mas medios que antes..., y no nos ha de avergonzar recurrir a ellos, si los entendidos y prudentes lo aconsejan. Muchas veces, con todo, la gran medicina es un poco de descanso. Uno decía: Yo me pongo unas tres horas semanales enfermo, y se me pasan todos los males y, por supuesto, mejora la convivencia y brota más fácilmente el diálogo... La dificultad, en esto como en tanto otros casos, es que algunos son aprensivos y andarán siempre rodeados de medicinas, sus habitaciones son verdaderas "farmacias"; mientras que otros creeran que se les tacha de locos, si se les insinúa que tomen algún remedio... Pero esos casos extremos no han de impedirnos tener en cuenta lo antes dicho.

Sentimiento y voluntad: No son lo mismo; con la voluntad, ayudados por Dios, podemos "amar", aunque la persona nos caiga antipática. Creer que porque me es poco simpática ya la odio, es falso y muy desorientador...

Un toque de atención a propósito de la ira. Ya hemos indicado que la vida moderna con la acumulación de tareas, responsabilidades..., a menudo causa tensiones y nos descentra. Con demasiada frecuencia esto desemboca en ira. Pues bien, cuando la ira se apodera de nosotros nos trastorna de tal manera que difícilmente podemos ser imparciales; nos incapacita para reconocer los derechos de los otros, mientras vemos potenciados al máximo los nuestros. Las relaciones interpersonales se deterioran.

Puede ser útil ahondar un poco y ver qué es lo que se esconde detrás de esa fachada de mal humor, enfado, ira:

a) Hay temperamentos muy activos, primarios; son especialmente proclives a enfadarse. Otros son más bien tímidos, pero cuando la última gota desborda el vaso, el tímido explota, se enfada más que los otros.

Conviene conocernos un poco más, y mirar por dónde nos puede entrar la ira para prevenir la situación. En cuanto a los demás, recordar que suelen ser realmente

"momentos", y como hacen las madres, procurar dejar pasar el temporal; por supuesto, no actuar en aquellos momentos; sería añadir leña al fuego.

b) No pocas veces al "ataque de ira" ha precedido una situación de cierta frustración más o menos advertida, pero aunque latente, actúa. Por ejemplo después de una buena actuación (clase, sermón, tarea...) "esperaba" alguna muestra de encomio, y sólo hallo indiferencia, tal vez quejas por detalles mínimos... Es fácil que se escape el enfado. Pero, no es el discípulo más que el maestro, si al Señor le llamaron Belzebú... cuánto más a los suyos! (Mt. 10,25).

c) A veces uno tiene cierto "prestigio", y valiéndose de ello quiere hacer un favor, por ejemplo, una recomendación correcta. Y ocurre que..., no surte efecto, mientras que a otros que, "evidentemente" valen menos, les hacen caso. Esto molesta, encocora..., y lo malo es que no puedo manifestarlo; es un pequeño volcán que un día u otro escupirá fuego y lava...

¿Qué podemos hacer?. Muchas cosas han quedado ya insinuadas; añadamos dos más:

Lo primero y más necesario es situarnos a cierta distancia de los hechos; dicho de otra manera, en estas situaciones vivimos con la sensibilidad a flor de piel y si alguien nos roza, me enciendo como una cerilla, un cohete...

Estamos a la que salta. Es casi imposible tener paciencia y paz en esas condiciones. Poner un espacio entre la causa de enojo y mi "respuesta"; a veces bastan unos minutos, a veces más; con sólo esto, muchas iras "se volatilizan".

La traducción teológica nos dice que es preciso vivamos más y más arraigados con Dios, de tal manera que vivamos las situaciones desde Dios; si logramos esta "lejanía", seremos pacientes con los demás y con nosotros mismos...!; así obra Dios... De otra manera la subjetividad nos traiciona...

En tiempo sereno y lejos del ojo del huracán, puede ser muy útil mirar un poco por encima, sin demasiados detalles (no sea que nos encendamos otra vez!), mirar, digo, los enfados, los que superamos y los que no. A buen seguro que no pocas veces advertimos que se trataba de malos entendidos; que lo que atribuíamos a mala voluntad, a impertinencia..., no había tal; no había malicia, lo que no equivale a que

la situación no fuese molesta. Esta "experiencia" puede ayudarnos otras veces a no precipitarnos y "sulfurarnos" como adolescentes...

Para "acabar" con el tema de la crítica, puede ser útil tener presente esto: Cuando nos critican, es normal nos desagrade, inquiete un poco. En esta situación lo primero que hemos de hacer es aguantar, fiados en la fuerza de Dios. (Nos puede ayudar pensar ¡cómo aguantan los políticos..., porque les interesa!). Lo segundo, ya un poco apaciguado, mirar si tienen o no razón los que me critican: si tienen razón, pero nosotros no podemos o no sabemos hacer las cosas de otra manera, de nuevo aguantar, y dejarlo en manos de Dios. Si tienen razón y podemos mejorar, pedir a Dios que nos ayude y dé coraje. Y si después de mirarlo bien, nos parece sinceramente que no tienen razón, es la gran ocasión para ofrecer a Dios el mal rato, la injuria... Como Jesús la pasó para ser solidario nuestro... Los santos hicieron igual... Un texto precioso de Sta. Teresa nos lo dice con claridad..., bien que es casi la cima de la perfección:

"Mil leguas, mil leguas lejos de aquí quisiera yo que estuviera cuando se dice: Pues razón tuve, hiciéronme sin razón; no tuvo razón quien tal dijo. Mil leguas lejos de aquí las quejas con este pretexto. De malas razones nos libre Dios. ¿Acaso había razón para que Jesús le hicieran tanta injurias y tantas sinrazones?. ¿Acaso había razón?. La que no quiera llevar la cruz, la que viniere muy puesta en razón, no es para este monasterio".

Como es obvio, lo dicho sobre todo lo último, está proclamando a voces que para poder vivir bien la vida de comunidad, poder soportar las críticas, no hacerlas..., hay que avanzar más y más en la amistad e identificación con Cristo. Es preciso hacer piña con Dios. Solo el amor que él nos comunica "todo lo aguanta"; recordémoslo: "El amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no se jacta ni engríe, no es grosero ni busca lo suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre. El amor nunca falla" (1 Cor 13, 4-8).

Por fin, es obvio, que este amor que funda la fraternidad, proviene de "arriba" y hay que implorarlo del cielo. Por esto es tan importante en toda comunidad la vida de oración; vida de oración a la que nos hemos de animar mutuamente. Sólo el trato habitual de cada uno y de todos con Dios puede ir "planchando" las arrugas de nuestro corazón..., arrugas de enojo, de amargura, de egoísmo y pacificarnos en el Señor, ya que "orar es descubrirse amado" (Sta. Teresa)...

Sintetizando lo sumariamente expuesto, podríamos decir que la vida comunitaria, es acoger la llamada de Dios para vivir juntos con EL, se estructura gracias al proyecto apostólico y las relaciones interpersonales que dan cohesión al proyecto y lo dinamizan hacia su realización. Vida comunitaria que implica un acogerse unos a otros como Cristo nos ha acogido. Acogida que supone una aceptación propia y de los demás, como punto, claro está, de partida, ya que así actúa Dios. Vimos también que, para todo este proceso, es precisa una correcta autovaloración tanto propia como de los demás, afanosos para avanzar, más y más, de la mano de Jesucristo. Pero esta comunicación interpersonal puede quedar maltrecha por una serie de obstáculos: Los filtros que nos colocamos y distorsionan la realidad, los diversos caminos por los que se desliza la crítica que todo lo corroe como lava maligna; crítica que hemos analizado un poco, para mejor superarla con la ayuda de Dios.

Todo este conjunto de reflexiones nos ha llevado a reconocer que la identificación con Jesucristo, obra del Espíritu Santo, es la única base realmente válida para nuestra mutua unión y convivencia comunitaria en orden a ir realizando el proyecto apostólico que hemos asumido. Identificación que progresa mediante la oración, diálogo personal y comunitario, "diálogo afectivo con aquél que tanto nos ama" (Sta. Teresa). Ir tomando día a día, más y más, conciencia de esta espléndida realidad, es la vida de la comunidad.

Tengo para mí que una comunidad dinamizada por este amor, puede realizar aquella hermosa profecía de Zacarías y atraer a muchos al seguimiento de Jesucristo:

"Así dice Yahveh Sabahot: En aquellos días hombres de todas las lenguas de las naciones asirán por la orla del manto a un judío diciendo: "Queremos ir con ustedes, porque hemos oído que Dios está con ustedes" (Zac. 8,23).

"¡ Qué lejos estamos, cristianamente lejos, de la demasiada justamente criticada "sumisión a la voluntad de Dios", que podría reblandecer, destemplan el buen hacer de la voluntad humana, blandido contra las fuerzas de las tinieblas y del debilitamiento! Entendámoslo bien, hagámoslo entender: encontrar y hacer (incluso disminuyendo y muriendo) la Voluntad de Dios no es un hallazgo inmediato, ni una actitud pasiva. No tendré derecho a pensar que me toca la Mano de Dios, si me afecta un mal debido a mi negligencia o a mi culpa.

La Voluntad de Dios (bajo su forma experimentada) no la alcanzaré, en cada instante, sino es al cabo de mis fuerzas, allí donde mi actividad, tendida hacia el mejor-ser (un mejor-ser comprendido con arreglo a las ideas humanas normales), se halle continuamente equilibrada por la fuerzas contrarias que tienden a detenerme o derrocarne.

Si no hago lo que puedo por avanzar o por resistir, no me hallaré entonces en el punto deseado, no sentiré a Dios tanto como podría y cuanto él lo desea. Si, por el contrario mi esfuerzo es valiente perseverante, alcanzaré a Dios a través del Mal, a Dios que es más profundo que el Mal. Me aprieto contra El, y en este momento el optimum de mi "comunión de resignación " resulta coincidir necesesariamente (por construcción) con el maximum de mi fidelidad al deber humano".

TEILHARD DE CHARDIN, *El Medio Divino*, Taurus Ediciones, 1966, Pág. 90.